EL QUIJOTE, LECCIÓN DE VIDA Y HUMANIDAD

Rosario López López

IES "Andrés de Vandelvira," Albacete

En el inicio del año de 1.605 aparecía en la madrileña imprenta de Juan de la Cuesta *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, título que el propio autor, D. Miguel de Cervantes Saavedra, trocaría en su continuación y segunda parte, de 1.615, por el de *El ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha*. Y es a partir de este momento cuando dará comienzo su andadura universal, hasta convertirse en el libro más editado de la historia de la Humanidad –después de la Biblia– como ya profetizara uno de sus personajes, el socarrón –y burlón burlado– Sansón Carrasco, al refrendar su fama "por toda la redondez de la tierra". Y será el mismo bachiller Sansón Carrasco quien, al ser interpelado por D. Quijote: *"¿Es verdad que hay una historia mía escrita por un sabio moro?"* responderá de esta manera: *"Es tan verdad, señor, que están impresos más de doce mil libros en Portugal, Barcelona, Valencia y Amberes. Y a mí se me trasluce que no ha de haber nación, ni lengua donde no se traduzca"*.

Y un poco más adelante, ante la extasiada expectación de D. Quijote y Sancho, henchidos de orgullo y satisfacción, continuará:

> "El caso es que la historia de D. Quijote es sabida por todo género de gentes; los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran...
>
> Y finalmente es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto a algún rocín flaco, cuando dicen: allí va, Rocinante...".

Y es que la inmortal novela cuyo cuarto centenario conmemoramos en este año 2.005, con la magnificencia y reiterada desmesura que obra de tal magnitud merece, se erige, ya desde su propia gestación y nacimiento, en uno de los libros más leídos; y sus héroes, en figuras tan reales en la imaginería popular como queridas y admiradas. Tanto es así que en la segunda parte, de 1.615, sus dos protagonistas son reconocidos, recibidos y agasajados, no como "entes" ficticios, sino como seres humanos a los que se estima y respeta. D. Quijote no tendrá ya necesidad de inventar aventuras, trasmutando molinos en gigantes, ventas en castillos o ejércitos en rebaños, sino que serán los propios personajes de la ficción –Sansón Carrasco, los duques y el mismo Sancho Panza– los que distorsionen la realidad, mientras nuestro

ACTAS XL (AEPE). Graham LONG. «El Quijote»: ¿es que todavía nos puede sorprender?
Centro Virtual Cervantes

héroe, como escribiera Salvador de Madariaga, se muestra paulatinamente más cauto y precavido, al mismo tiempo que, lentamente, se debilita su ánimo, en un proceso que culminará en la playa de Barcelona, donde derrotado por el bachiller Sansón Carrasco, bajo el disfraz del Caballero de la Blanca Luna, confesará su "desdicha" y reafirmará, por siempre, la "sin par" belleza de su ideal dama Dulcinea:

> "D. Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma:
> -Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra (y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad).
> -Aprieta, caballero, tu lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra".

Esta sensación de vida palpitante que emana de las páginas de la novela, unida a la credibilidad existencial de sus héroes al margen de su naturaleza ficticia, llevó al quijotesco D. Miguel de Unamuno a parangonar la figura de D. Quijote con la de San Ignacio de Loyola, convirtiéndolo en paladín de la fe, y a defender la autonomía de las criaturas de ficción con independencia de su creador.

En el capítulo I de su *Vida de D. Quijote y Sancho*, y después de alentarnos a rescatar el sepulcro de D. Quijote, nos dice Unamuno:

> "Nada sabemos del nacimiento de D. Quijote, nada de su infancia y juventud, ni cómo se fraguara el ánimo del caballero de la fe, del que nos hace con su locura, cuerdos.
> "Vino a perder el juicio". Por nuestro bien lo perdió; para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual"...

Sin embargo, y como sucede con el hallazgo de los cartapacios del "famoso" autor arábigo Cide Hamete Benengeli, no deja de ser un artificio, tan sutil y hábilmente manejado por Cervantes, que no hace sino confirmar la inmensa sabiduría de su creador.

Porque no es otro que el espíritu cervantino, abierto y receptivo a toda clase de conocimientos humanísticos, enriquecido con sus experiencias de heroico soldado e indomeñable cautivo en Argel, en íntima fusión con su comprensiva –y compasiva– contemplación de la naturaleza humana, el que, rebosante de sabiduría y experiencia vital, se eleva por encima de miserias y traiciones, desventuras y privaciones... para engendrar la estirpe de D. Quijote, héroe-antiheroico a "prueba de fracasos", idealista esperanzado, loco-sabio o sabio-loco, disconforme con la realidad, nunca vencido sino "vencedor de sí mismo", que "es el mayor vencimiento que desearse puede", que afirma, con gravedad y firmeza de tono, una forma de ser –y estar– en el mundo:

> "Podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible".

ACTAS XL (AEPE). Graham LONG. «El Quijote»: ¿es que todavía nos puede sorprender?
Centro Virtual Cervantes

Y fue voluntad de Alonso Quijano por sobrenombre "el bueno", salir de su casa y de sus casillas –"La del alba sería..."– y de su condición de hidalgo pobre, para hacerse a sí mismo D. Quijote de la Mancha: "caballero andante nací y caballero he de morir, si así lo quieren los cielos" porque, "cada uno es artífice de su ventura" y "cada cual es hijo de sus obras".

Y como D. Quijote salió al "campo" –de la Mancha y de España toda– "a desfacer agravios, enmendar sinrazones y satisfacer deudas..., y a difundir, en los siglos presentes y venideros, el noble ideal de –"hacer bien a todos y mal a ninguno"– "Y si el que esto hace, si el que esto entiende, si el que de esta manera obra, merece ser llamado "bobo", júzguenlo ustedes...".

Y si en el umbral de la muerte, el valeroso hidalgo, vencido por la soberana realidad, más poderosa a veces que los sueños, pudiera abominar de los libros de caballería, cuerdo o loco, fue su imperecedera bondad el faro incombustible que iluminó y orientó su vida entera:

> "Señores, vámonos, poco a poco, que ya en los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño, yo fui loco y ya soy cuerdo, fui D. Quijote y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano, el Bueno...".

Dejémonos contagiar del espíritu quijotesco, y de su inquebrantable voluntad de ser, y digamos con Sancho:

> "Yo soy el que únete a los buenos, y serás uno de ellos" y no "con quien naces, sino con quien paces, y de los quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija".
>
> -"Yo me he arrimado a buen señor y he de ser otro como él, Dios queriendo", "Y viva él, y viva yo".

Son los sublimes ideales de bondad, tolerancia y humana generosidad, la primera –y mejor– lección que podemos extraer de las páginas de esta ilustre, y nunca suficientemente ponderada, creación cervantina.

No obstante, es sentimiento unánime, no sólo de sus innumerables comentaristas, prologuistas, críticos, intérpretes, seguidores e imitadores sino también de sus universales –devotos e incondicionales– lectores, el reconocer como esencia intrínseca de esta magna obra, libro de libros, compendio y summa de conocimientos –y primera novela moderna, todavía no superada– el juego de espejos, la pluralidad de perspectivas, estilos, registros y tonos y sobre todo, su visión mutable –y siempre oscilante– de la realidad: molinos o gigantes, ejércitos o rebaños; ventas o castillos; Dorotea o Micomicona; Aldonza o Dulcinea; yelmo, bacía o "baciyelmo" "que de todo se compone" o, como afirma el escritor y académico Muñoz Molina, actual director del Instituto Cervantes en Nueva York, "hecho a medias con los materiales de la realidad y con las figuraciones de los sueños, como las sirenas y los hipogrifos y los personajes de la literatura".

ACTAS XL (AEPE). Graham LONG. «El Quijote»: ¿es que todavía nos puede sorprender?
Centro Virtual Cervantes

Es tal la multiplicidad de lecturas, y la amplitud y diversidad de sus contenidos, que ha llegado a convertirse en un caudal inagotable de sugerencias para todo tipo de disciplinas y saberes: paradigma del arte de novelar, manual de jurisprudencia, de artes culinarias y de sabiduría popular; fondo incalculable del acervo lingüístico y filológico del español; referencia obligada para ideólogos, moralistas y sociólogos... Pero es la pluralidad de voces y tonos, opiniones y puntos de vista de sus más de trescientos personajes, de toda clase y condición – mozos y mozas de partido, arrieros y venteros, galeotes y cuadrilleros, pastoras, damas y cabreros; hidalgos, duques y titiriteros; cautivos, moriscos, amantes desdichados y bandoleros; estudiantes, clérigos, bachilleres, eruditos...Y sobre todo, la presencia permanente de sus inmortales protagonistas, el heroico caballero y su leal escudero, dual encarnación del ser humano, eternamente hermanados "como forjados en una misma turquesa" o "acuñados en una misma moneda", los que, en su incesante dialogar de pareceres contrastados, son capaces de remover hasta los más profundos cimientos del espíritu, de todo aquel –hombre o mujer– que, sin prejuicios, se acerca a escucharlos, leyendo con atención placentera las páginas de esta imperecedera y universal lección de vida y humanidad.

En palabras del novelista ruso Dostoievski:

> "No se puede hallar una obra más profunda y poderosa que El Quijote... Y si el mundo se acabase, y en el más allá –en algún lugar– alguien preguntase al Hombre. Bien ¿has comprendido tu vida y qué has concluido? Entonces el hombre podría, silenciosamente, entregarle el D. Quijote: "Estas son mis conclusiones acerca de la vida".

Salgamos, sin demora, al encuentro de *El ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha* y escuchemos la prodigiosa voz del glorioso Cervantes, supremo esperanzado, que supo encarnar en un humilde hidalgo manchego, lector de libros, los más nobles ideales de amor, justicia y libertad.

Deleitemos nuestros oídos con la cadencia, el ritmo y la musicalidad de la pluritonal y elocuente prosa cervantina, para que, finalizada su lectura, podamos pensar, como D. Miguel de Unamuno, remedando al mismísimo D. Miguel de Cervantes "para mí solo / sola nació D. Quijote, y yo para él"; y con Sancho anhelemos decir: "No se muera, vuesa merced, y viva muchos años"... que lo peor que puede hacer un hombre es dejarse morir, sin más ni más"...

Que vivan, por siempre, los ideales que, con sus palabras y forma de vida, defendió D. Quijote o Alonso Quijano, el Bueno, que tanto monta uno como el otro; y que proyecten su luminoso haz de justicia, tolerancia y generosidad, sobre esta "nuestra edad de hierro" que, "andando el tiempo", nos ha tocado vivir.

A continuación, nos gustaría leer unas líneas de *El Quijote*, aun lamentándonos por su brevedad y carácter fragmentario, para que se cumpla el propósito manifestado por su creador, Cervantes, en el prólogo de la primera parte:

ACTAS XL (AEPE). Graham LONG. «El Quijote»: ¿es que todavía nos puede sorprender?
Centro Virtual Cervantes

"Procurad que leyendo nuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla".

Y de toda la entramada gama de posibilidades que constituye la esencia misma de la inmortal novela he seleccionado algunos fragmentos, alentadoras variaciones sobre uno de sus temas recurrentes: el eterno problema de la libertad.

- En ejercicio de su libre voluntad sale Alonso Quijano, el bueno, al "campo", trasmutado en D. Quijote de la Mancha, a cumplir su destino como ser humano.

"En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...

Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben...

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda...

En resolución, él se enfrascó tanto en la lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro, de manera que vino a perder el juicio.

(Capítulo I. *Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha).*

No quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo".

(Capítulo II. *Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote)* .

ACTAS XL (AEPE). Graham LONG. «El Quijote»: ¿es que todavía nos puede sorprender?
Centro Virtual Cervantes

- En libertad vive, y desea vivir, la hermosa Marcela, convertida en pastora, mientras sufren, se lamentan y mueren sus desdichados enamorados, obsesionados por su inalcanzable belleza.

«Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo ni a otro alguno, el fin de ninguno dellos bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito.

«El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es escusado. Y entiéndase, de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias y no codicio las ajenas; tengo libre condición y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco a nadie. No engaño a éste ni solicito aquél, ni burlo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera".

(Capítulo XIV, 1ª Parte).

- La compañía de su rucio, en libertad, es el anhelo de Sancho Panza, antes que los honores y sinsabores del gobierno en la falsaria Ínsula, y así lo manifiesta en su deliciosa recreación del *beatus ille* horaciano.

"-Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente.. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se

ACTAS XL (AEPE). Graham LONG. «El Quijote»: ¿es que todavía nos puede sorprender?
Centro Virtual Cervantes

está cada uno usando el oficio para que fue nacido. Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre; y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuestras mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor que, desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense: déjenme ir...".

(Capítulo LIII. 2ª Parte).

- Y por último, inolvidables son las palabras en loor de la libertad, entonadas por D. Quijote, mientras se aleja "desembarazado" de la casa de los duques.

"La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrecheces de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquél a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!...".

(Capítulo LVIII, 2ª Parte).

Centro Virtual Cervantes